

libre, que es el verdadero objeto de vuestros trabajos.»

La atención de todos se había fijado en aquel hombre extraño, y la Asamblea, estupefacta ante un sistema tan espantoso y calculado, conservaba profundo silencio. Enardecidos por él, algunos partidarios de Marat aplaudieron, pero no se les imitó y el diputado volvió á su asiento sin aplausos ni señales de cólera.

Vergniaud, el más puro y más sabio de los girondinos, cree de su deber tomar la palabra para despertar la indignación de la Asamblea y comienza deplorando la desgracia de tener que contestar á un hombre cargado de decretos!!!. Chabot y Tallián protestan contra estas palabras, preguntando si se habla de los decretos fulminados por el Chatelet por haberse descubierto las intenciones de Lafayette; pero Vergniaud insiste, deplorando verse en la precisión de contestar á un hombre que no ha sufrido las condenas que pesan sobre él, á un hombre que sólo respira calumnias, hiel y sangre! Renuévanse los murmullos, pero el orador continúa con firmeza, y después de exceptuar en la diputación de París á David, Dussaulx y otros individuos, toma por su cuenta la famosa circular del Ayuntamiento, citada antes, y la lee toda entera. Sin embargo, siendo ya conocida, no produce tanto efecto como otro documento del que da lectura el diputado Boileau: es una hoja impresa por Marat el mismo día y concebida en estos términos: «Sólo una reflexión me agobia, y es que todos mis esfuerzos para salvar al pueblo no conducirán á nada sin una nueva insurrección. Al ver el temple de la mayor parte de los diputados de la Convención Nacional, desespero de la salvación pública. Si en las ocho primeras sesiones no quedan sentadas las bases de la Constitución, no esperéis ya nada de esa Asamblea. Cincuenta años de anarquía os esperan, y sólo saldréis de ella por un dictador, verdadero patriota y hombre de Estado... ¡Oh pueblo charlatán! ¡si supiéses obrar!..»

La lectura de este documento es interrumpida á veces por gritos de indignación, y apenas concluida, desencadenánse contra Marat muchos diputados. Los unos le amenazan gritando: «¡A la Abadía!, ¡a la guillotina!» y los otros le agobian con sus palabras de desprecio; pero contesta sólo con una sonrisa á los ataques de que es objeto. Boileau pide un decreto de acusación, y la mayor parte de la Asamblea quiere que se pase á votar. Marat insiste con la mayor calma en que le oigan, y aunque nadie quiere escucharle sino en la barra, obtiene por fin la tribuna. Valiéndose de su expresión acostumbrada, *recuerda á sus enemigos el pudor*, y dice que en cuanto á los decretos que le han echado en cara sin ruborizarse, se vanagloria de ellos, porque son el premio de su valor; y que al enviarle el pueblo á aquella Asamblea Nacional, anulaba esos decretos, decidiendo entre sus acusadores y él. Por lo que hace al escrito que acababan de leer, no le negaba, pues la mentira no había manchado nunca sus labios, y no entraba el temor en su corazón. «Pedirme una retractación, añade, es exigir que no vea lo que veo, que no sienta lo que siento, y no hay poder alguno en la tierra que sea capaz de arrancar las ideas: yo respondo de la pureza de mi corazón, pero no puedo cambiar mis pensamientos; son hijos de lo que la naturaleza de las cosas me sugiere.

Marat manifiesta después á la Asamblea que aquel escrito, impreso en carteles diez días antes, ha sido reimpresso contra su voluntad por su librero; pero que acaba de dar en el primer número del *Diario de la República* una nueva exposición de sus principios de la cual quedará seguramente satisfecha la Asamblea si quiere escucharla.

Consíentese, en efecto, en leer el artículo, y apaciguándose los ánimos por las moderadas frases que usa Marat en aquel artículo, titulado *Mi nueva marcha*, trátasele con menos rigor, y hasta se le dispensan algunas muestras de satisfacción; pero volviendo á ocupar la tribuna con su acostumbrada audacia, pretende dar una lección á sus colegas sobre el peligro que ofrecen la animosidad y el arrebato. Dice que si su diario no hubiese visto la luz el mismo día para disculparle, le habrían enviado ciegamente á la cárcel. Y enseñando una pistola que llevaba siempre en el bolsillo, aplicasela á la frente y añade: «Pero sabed que tenía el medio de quedar libre, y que si se hubiese decretado mi acusación, me hubiera abrasado el cerebro en esta misma tribuna. ¡He aquí el fruto de mis trabajos, de mis peligros y de mis padecimientos! Pero ¡no importa!; permaneceré entre vosotros para arrostrar vuestros furiosos.»

Al pronunciar Marat esta última palabra, sus colegas, poseídos nuevamente de indignación, exclaman que es un loco y un malvado, y prodúcese un prolongado tumulto.

La discusión había durado varias horas, y á pesar de ello no se había adelantado nada sobre el pretendido proyecto de una dictadura en beneficio de un triunvirato, pero sí mucho para conocer el carácter de los partidos y su fuerza respectiva.

Habíase visto á Dantón mostrarse condescendiente y animado de la mejor voluntad hacia sus colegas, con la condición de que no le inquietaran respecto á su conducta; á Robespierre poseído de encono y orgullo, y á Marat, asombroso por su cinismo y audacia, rechazado hasta por su partido, pero procurando familiarizar los ánimos con sus atroces sistemas. Todos tres, en fin, triunfando en la revolución por facultades y vicios diferentes, sin estar de acuerdo unos con otros, se desaprobaban entre sí, y evidentemente no tenían más que esa afición á la influencia, natural en todos los hombres, que no es todavía un proyecto de despotismo. Pusieron de acuerdo con los girondinos para olvidar á septiembre con sus horrores; se les demostró el aprecio debido á sus talentos y probidad; creyóse que sus acusaciones eran exageradas é imprudentes y hasta se vieron en su indignación algunos sentimientos personales. Desde aquel instante se dividió la Asamblea en derecha é izquierda, como en los primeros días de la Constituyente. A la derecha se agruparon todos los girondinos y aquellos que, sin estar personalmente ligados con su suerte, participaban sin embargo de su generosa indignación.

Formaba el centro un considerable número de diputados honrados, pero pacíficos, que no inclinándose por su carácter ni por su talento á tomar parte en la lucha de los partidos sino con sus votos, trataban de confundirse en la multitud para permanecer oscuros y tener más seguridad. Por su gran número en la Asam-



MARAT

blea, por el gran respeto que aún inspiraba ésta, y por el afán que mostraban el partido jacobino y el municipal en sincerarse á sus ojos, juzgaron que debían estar tranquilos. Complaciales creer que la autoridad de la Convención bastaría con el tiempo para someter á los perturbadores, y no les pesaba reservar sus fuerzas, para poder decir á los girondinos que sus acusaciones eran aventuradas. Sólo eran entonces razonables é imparciales, mostrándose á veces algo envidiosos de la frecuente y brillante elocuencia de la derecha; pero muy pronto debían ser débiles y cobardes ante la tiranía. Se les designó con el nombre de *la Llanura*, y por oposición se llamó *Montaña* á la izquierda, donde se habían agrupado todos los jacobinos. En las gradas de esta Montaña veíase á los diputados de París y de los departamentos, que debían su elección á los clubs ó á quienes se ganó desde su llegada, inculcándoles la idea de que no se debía dar cuartel á los enemigos de la revolución. Contábanse también varios hombres de distinción, pero amantes de la exactitud, rígidos y positivos, á quienes desagradaban las teorías y la filantropía de los girondinos, por considerarlas como vanas abstracciones. Sin embargo, los montañeses eran poco numerosos aún; la *Llanura*, unida con la derecha, formaba una inmensa mayoría, que dió la presidencia á Petión, aprobando los ataques de los girondinos contra los actos de septiembre, salvo las personalidades que parecían demasiado precoces y muy poco fundadas.

Habíase pasado á la orden del día respecto á las acusaciones recíprocas de ambos partidos; pero mantúvose el decreto de la víspera, quedando acordados tres puntos: 1.º, pedir al ministro de la Gobernación un informe fiel y exacto sobre el estado de París; 2.º, redactar un proyecto de ley contra los que excitasen el asesinato y el pillaje; y 3.º, proponer el medio de poner al servicio de la Convención una guardia departamental. En cuanto al informe sobre el estado de París, sabíase ya con qué energía y en qué sentido se haría, puesto que estaba confiado á Roland; y por lo que hace á la comisión encargada de los proyectos relativos á las provocaciones escritas y á la organización de una guardia, no infundía menos esperanzas, por cuanto se componía sólo de girondinos, formando parte de ella Buzot, Lasource y Kersaint.

Los que más se pronunciaban contra estos dos últimos proyectos eran los de la Montaña: preguntaron si se quería renovar la ley marcial y los asesinatos del campo de Marte; si deseaba la Convención reunir satélites y guardias de corps como el último rey; y con esto produjeron, según decían los girondinos, todas las razones alegadas por la corte contra el campamento en París.

Muchos individuos de la izquierda, y aun los más exaltados, se pronunciaban enérgicamente contra las usurpaciones del Ayuntamiento, en su calidad de diputados de la Convención; excepto los diputados de París, ninguno le defendía cuando era atacado, lo cual acontecía diariamente; y por lo mismo se sucedieron los decretos con mucha rapidez. Como se trataba de renovar la municipalidad, en cumplimiento del decreto que prescribía la reelección de todos los cuerpos administrativos, ordenóse al consejo superior que proveyese á su reemplazo, dando cuenta á la Asamblea en el tér-

mino de tres días. Nombróse una comisión de seis individuos para recibir la declaración, firmada por todos aquellos que depositaron efectos en la Casa de la Ciudad, y para averiguar dónde se hallaban aquéllos ó dar á conocer el uso que se había hecho por la municipalidad. El directorio del departamento, al que el Ayuntamiento insurrecto redujo al título y á las funciones de simple comisión administrativa, volvió á ejercer todas sus atribuciones, tomando otra vez el mismo título. Dispúsose también que fuesen de nuevo secretas, por una confirmación de la ley existente, las elecciones municipales para el nombramiento de corregidor y del consejo general, que por acuerdo reciente de los jacobinos se hacían en alta voz para intimidar á los pusilánimes. Anuláronse las elecciones ya hechas por este sistema ilegal, y las secciones se sometieron á verificarlas de nuevo en la forma prescrita. Decretóse, por último, que todos los individuos encarcelados sin orden de prisión fueran puestos en libertad acto continuo. Este era un rudo golpe contra el comité de vigilancia, que se encarnizaba sobre todo contra las personas.

Todos estos decretos fueron expedidos en los primeros días de octubre; y el Ayuntamiento, vivamente acosado, no podía menos de doblegarse bajo el ascendiente de la Convención. Sin embargo, el comité de vigilancia no quiso dejarse vencer sin resistencia. Sus individuos se presentaron á la Asamblea diciendo que iban á confundir á sus enemigos; que depositarios de ciertos papeles hallados en casa de Laporte, intendente de la lista civil, y condenado, según recordaremos, por el tribunal del 17 de agosto, habían descubierto una carta en que se hablaba de lo que costaron ciertos decretos expedidos por las precedentes Asambleas; que iban á descubrir á los diputados vendidos á la corte, y á probar la falsedad de su patriotismo. «Nombradlos», gritó la Asamblea indignada. «No podemos señalarlos aún», contestaron los individuos del comité. Acto continuo, y para rechazar la calumnia, nombróse una comisión de veinticuatro diputados extraños á la Constituyente y á la Legislativa, á quienes se encargó el reconocimiento de aquellos papeles y el oportuno informe. Marat, inventor de aquel recurso, publicó en su *Diario* que había devuelto á los *rolandistas*, acusadores del Ayuntamiento, *el cambio de su moneda*, y anunció el pretendido descubrimiento de una traición de los girondinos. Sin embargo, del examen de los papeles no resultó comprometido ninguno de los diputados actuales, y el comité de vigilancia fué declarado calumniador. Como los legajos eran demasiado voluminosos para que los veinticuatro diputados continuasen el examen en la Casa de la Ciudad, transportáronse al local de uno de los comités de la Asamblea. Viéndose entonces Marat privado de ricos materiales para sus acusaciones diarias, irritóse sobremanera, y dijo en su *Diario* que se había querido destruir la prueba de todas las traiciones.

Después de haber reprimido los desórdenes del Ayuntamiento, ocupóse la Asamblea del poder ejecutivo, acordando que los ministros no pudieran ser elegidos en su seno. Dantón, obligado á optar entre la cartera de Justicia y el cargo de diputado de la Convención, prefirió, como Mirabeau, lo que le aseguraba la tribuna, y dejó el ministerio sin dar cuenta de los gastos secre-

tos, diciendo que ya la había presentado al consejo. Esto no era muy exacto, pero no se fijó en ello mucho la atención, y se pasó adelante. Habiendo rehusado la cartera de Justicia Francisco de Neufchateau, encargóse de ella Garat, escritor distinguido, é ideólogo ingenioso, que llegó á ser célebre por su excelente redacción del *Diario de París*.

Serván, cansado de una administración laboriosa, no superior á sus facultades, pero sí á sus fuerzas, prefirió el mando del ejército de observación que se formaba á lo largo de los Pirineos. El ministro Lebrún, que ya tenía la cartera de Estado, se encargó también provisionalmente de la de Guerra. En cuanto á Roland, presentó al fin su dimisión, porque estaba cansado de una anarquía tan contraria á su probidad y á su inflexible amor al orden. Los girondinos propusieron á la Asamblea que le invitase á conservar la cartera; pero los montañeses, y particularmente Dantón, á quien Roland había contrariado mucho, se opusieron á dar este paso, por creerlo poco digno de la Asamblea. Dantón le tachaba de ser débil y de que se dejase gobernar por su mujer; respondióse á lo de su debilidad por la lectura de la carta del 3 de septiembre, y aun se hubiera podido contestar recordando la oposición que halló Dantón en el consejo, pero se pasó á la orden del día. No obstante, instado por los girondinos y por todos los hombres de bien, Roland permaneció en el ministerio, no sin escribir á la Asamblea una carta en la cual decía noblemente:

«Me quedo porque la calumnia me ataca, porque me esperan peligros, porque la Convención parece desear que continúe todavía en mi puesto. Es demasiado glorioso, añadía al terminar su epístola, que se me haya censurado por haberme unido con el valor y la virtud.»

La Asamblea se dividió luego en diversos comités; creóse uno de vigilancia compuesto de treinta individuos; otro de guerra, de veinticuatro; un tercero de cuentas, de quince; un cuarto de legislación criminal y civil, de cuarenta y ocho, y un quinto que debía entender en los asignados, la moneda y la hacienda, de cuarenta y dos. El sexto comité, más importante que todos los demás, se encargó del principal asunto para el cual se había reunido la Convención, es decir, para preparar un proyecto de Constitución. Se compuso de nueve representantes diversamente célebres, elegidos casi todos según los intereses de la derecha. La filosofía estuvo

representada en las personas de Sieyès, de Condorcet y del americano Tomás Payne, recientemente elegido ciudadano francés, é individuo de la Convención Nacional; Gensonné, Vergniaud, Petión y Brissot representaban particularmente á la Gironda; Barrere el centro, y Dantón á la Montaña. Sin duda parecerá extraño ver á este inquieto tribuno, tan poco especulado, colocado en ese comité completamente filosófico; y parece que Robespierre era más propio para ocupar este puesto por su carácter, si no por su talento. La verdad es que Robespierre ambicionaba mucho más esta distinción, y que le resintió profundamente no obtenerla. Se otorgó de preferencia á Dantón, que por su ingenio natural era á propósito para todo, y á quien no separaba todavía de sus colegas ningún resentimiento. Esta composición del comité fué la causa de que se prolongaran tanto los trabajos de la Constitución.

Después de haber provisto de este modo al restablecimiento del orden en la capital, á la organización del poder ejecutivo, á la distribución de los comités y los preparativos de la Constitución, faltaba resolver el último punto, uno de los más graves de que debía ocuparse la Asamblea, la suerte de Luis XVI y de su familia. Habíase guardado en la Asamblea el más profundo silencio acerca de esta cuestión, mientras se hablaba de ella en todas partes, en los jacobinos, en el Ayuntamiento, y en los sitios públicos ó particulares: sólo la Convención callaba sobre este punto. Habíase cogido á varios emigrados con las armas en la mano, y se les conducía á París para aplicarles las leyes criminales. Con este motivo se elevó una voz (era la primera) para preguntar si en vez de ocuparse de aquellos culpables subalternos, no se pensaría en otros culpables más elevados que estaban en el Temple.

Al oír estas palabras reinó el silencio en la Asamblea: Barbaroux fué el primero en tomar la palabra, y dijo que antes de saber si la Convención juzgaría á Luis XVI, debía resolverse si se constituiría en autoridad judicial, pues le era preciso juzgar á otros culpables además de los del Temple. Al suscitar esta cuestión, Barbaroux aludía al proyecto de constituir á la Convención en tribunal extraordinario, para juzgar por sí misma á los *perturbadores*, á los *triunviros*, etc. Después de algunos debates se pasó la proposición al comité legislativo para examinar las cuestiones á que daba origen.

## CAPÍTULO II

Situación militar á fines de octubre de 1792.—Bombardeo de Lila por los austriacos.—Toma de Worms y de Maguncia por Custine.—Falta de nuestros generales.—Malas operaciones de Custine.—Ejército de los Alpes.—Conquista de Saboya y de Niza.—Dumouriez regresa á París.—Su posición respecto á los partidos.—Influencia y organización del club de los jacobinos.—Estado de la sociedad francesa.—Salones de París.—Entrevista de Marat y de Dumouriez.—Anécdota.—Segunda lucha de los girondinos contra los montañeses.—Louvet denuncia á Robespierre.—Contestación de Robespierre.—La Asamblea desatiende la acusación.—Primeras proposiciones acerca del proceso de Luis XVI.

La situación militar de Francia estaba cambiada en aquel momento: á mediados de octubre se había rechazado ya al enemigo de la Champaña y de Flandes, y el suelo extranjero estaba invadido por tres puntos, el Palatinado, Saboya y el condado de Niza.

Hemos visto á los prusianos retirarse del campamento de la Luna, tomar de nuevo el camino del Argona, llenando los desfiladeros de muertos y enfermos, y escapar de una destrucción completa sólo por el descuido de nuestros generales, que se proponían cada cual un objeto distinto. El duque de Sajonia-Teschén no había obtenido mejor resultado en su ataque contra los Países Bajos. Mientras que los prusianos marchaban por el Argona, este príncipe, no queriendo quedarse atrás, creyó de su deber intentar alguna empresa brillante; pero aunque nuestra frontera del Norte estaba mal guardada, los medios de aquel jefe no eran mucho más poderosos que los nuestros, y apenas pudo reunir quince mil hombres con un material mediano. Simulando ataques en toda la línea de las plazas fuertes, se apoderó de uno de nuestros pequeños campamentos, dirigiéndose de pronto á Lila para intentar un sitio que los más célebres generales no pudieron emprender con numerosos ejércitos y un inmenso material. Sólo la posibilidad del éxito justifica en la guerra las empresas crueles: el duque no pudo abordar más que por un punto de la plaza, y estableciendo allí baterías y obuses, la bombardeó durante seis días consecutivos, incendiando más de doscientas casas. Dícese que la archiduquesa Cristina quiso presenciar por sí misma tan horrible espectáculo: si es así, sólo pudo ser testigo del heroísmo de los sitiados y de la inutilidad de las barbaries austriacas. Los habitantes de Lila, resistiendo con noble obstinación, no consintieron jamás en rendirse; y el 8 de octubre, mientras que los prusianos abandonaban el Argona, el duque Alberto se veía en la precisión de retirarse de Lila. El general Labourdonnaie, que llegaba de Soissons, y Bournonville, procedente de la Champaña, le obligaron á alejarse rápidamente de nuestras fronteras, y la resistencia del pueblo de Lila, publicada por toda Francia, aumentó el entusiasmo general.

Poco más ó menos hacia la misma época Custine intentaba en el Palatinado atrevidas empresas, de un resultado más brillante que positivo. Agregado al ejército de Birón que acampaba á lo largo del Rhin, hallábase con 17.000 hombres á poca distancia de Espira. El gran

ejército invasor había cubierto muy débilmente su retaguardia al avanzar por el interior de Francia. Reducidos destacamentos cubrían á Espira, Worms y Maguncia, y habiéndolo notado Custine, marchó sobre el primero de dichos puntos, donde entró sin resistencia el 30 de septiembre. Enardecido por el éxito, penetró el 5 de octubre en Worms, sin encontrar mayores dificultades, y obligó á una guarnición de 2.700 hombres á entregar las armas. Apoderóse después de Franckenthal, y pensó al momento en la importante plaza de Maguncia, que era el punto de retirada de más interés para los prusianos, y en el cual tuvieron la imprudencia de no dejar sino una mediana guarnición. Sin más que 17.000 hombres, y careciendo de material, Custine no podía intentar un sitio, pero probó un golpe de mano. Las ideas que habían sublevado á Francia agitaban entonces á toda la Alemania, y particularmente á las ciudades donde había universidad: Maguncia era una de ellas, y Custine buscó inteligencias. Acercóse á las murallas, se alejó por haberse propalado la falsa noticia de la llegada de un cuerpo austriaco; volvió otra vez, y practicando grandes movimientos, engañó al enemigo respecto á la fuerza de su ejército. Entonces se deliberó en la plaza; el proyecto de capitular fué apoyado fuertemente por los partidarios de Francia, y el 21 de octubre abrieron á Custine las puertas de la ciudad. La guarnición rindió las armas, excepto ochocientos austriacos que fueron á incorporarse con el gran ejército. La noticia de estos triunfos circuló rápidamente, causando extraordinaria sensación. Sin duda que habían costado muy poco; no eran tan meritorios como la constancia de los habitantes de Lila y la magnánima serenidad de que se había dado pruebas en Sainte-Menehould; pero gustaba mucho pasar de la simple resistencia á la conquista. Hasta entonces todo hubiera estado bien hecho por parte de Custine, si apreciando su posición hubiese sabido terminar la campaña con un movimiento que era posible y decisivo.

En aquel instante, los tres ejércitos de Dumouriez, de Kéllermann y de Custine se hallaban situados, por el más feliz encuentro, de tal manera que podían aniquilar á los prusianos, conquistando con una sola marcha toda la línea del Rhin hasta el mar; si Dumouriez, menos preocupado por otra idea, hubiese conservado á Kéllermann bajo sus órdenes, persiguiendo á los prusianos con sus ochenta mil hombres; y si Custine, ba-